

Impresiones de un viaje de estudio

UNA ALEMANA EN GALICIA

La cultísima y distinguida señorita Margot Spöner, de la Universidad de Berlín, que ha pasado en Galicia unos meses dedicada al estudio de la evolución histórica y estado actual del idioma gallego, ha tenido la atención de enviarnos, ya de regreso a su patria, las siguientes cuartillas que con mucho gusto publicamos.

Yo quise estudiar el gallego

Mis primeras líneas han de ser para mostrar mi agradecimiento a todas las personas de Galicia que me han ayudado sin reserva en la empresa de estudio de la lengua gallega que me ha llevado a esa hermosa, simpática y hospitalaria tierra.

He de confesar francamente que abrigaba cierto temor de no salir airosa de la empresa que me había propuesto, pues temía que mi condición de extranjera pudiera despertar recelos, al menos entre los aldeanos; tanto más cuanto que mi intención era convivir en lo posible con la gente más rústica y que menos ocasión hubiese tenido de adquirir un conocimiento completo de la lengua castellana.

Pero mi alegría fué grande, y me complazco aquí en manifestarlo, cuando me cercioré de que tales temores eran completamente infundados.

Pues a cuantas personas me acerqué para inquirir datos que me pudiesen in-

teresar, en todas encontré la acogida más cariñosa, facilitándome cuantos datos y detalles pudiera necesitar y despertando en ocasiones verdaderas simpatías y afectos que demuestran la bondad ingénita de todo el pueblo gallego.

He de hacer notar que en muchas ocasiones me fué difícil alcanzar lo que era para mí vehemente deseo: que me hablasen en el verdadero lenguaje gallego y no en castellano, pues las gentes sencillas del pueblo se creen obligadas a hablar todo lo más correctamente que pueden la lengua española cuando conversan con personas que creen de mejor condición social o de mayor cultura. Para alcanzar mi objeto, utilicé toda mi hábil diplomacia y perseverancia, llegando en ocasiones a fingirme operadora de películas cinematográficas, dejando correr la idea expresada por una mujer del pueblo que al verme armada de un sencillo aparato fotográfico, me creyó artista de cinematógrafo que obtenía películas para Buenos Aires. Esta coinci-

dencia pintoresca me hizo oír comentarios llenos de gracia y humorismo y llenos también de ese valor típico de una de las más singulares regiones de España.

Otras veces consideré que no debía ocultar la finalidad de estudiar el gallego moderno, y, al manifestar esto claramente, con una amabilidad sin límites y a veces con asombro, me mostraron gran solicitud hasta inconscientemente. Las mayores dificultades que tuve que vencer fueron bien distintas de las que yo me había figurado y dimanaron especialmente de los escasos medios de comunicación; tuve que hacer muchas veces a pie algunos kilómetros de camino, llegando en ocasiones a utilizar camiones que marchaban al trabajo.

La exquisita galantería de muchas personas fué también en ciertos momentos otra dificultad que tuve que salvar para llevar a cabo mi intento de departir con la gente del pueblo, pues mi interés me llevaba en el viaje a utilizar las clases más modestas en los medios de locomoción, para poder estudiar allí las conversaciones, frases y giros propios del idioma gallego. Pero alguna vez llegaron a creer que el viajar yo en clase modesta era por economía y la galantería de los encargados de los vehículos llegó hasta el punto de ofrecerme sin mayor remuneración asientos de mayor categoría que los que correspondían al billete que había tomado, y, al rehusar la oferta, manifestaron con el gesto la mayor de las extrañezas.

Visité las ferias tan características en esta región, y su enorme concurrencia me brindó constantemente buenas oca-

siones de estudio. La realización de las transacciones, la oferta de las mercancías, las charlas animadas, eran terreno apropiado para un filólogo.

Entre la multitud de episodios pintorescos que podría relatar, citaré uno muy singular que me ocurrió en la feria de Triacastela (Lugo).

Entablé conversación con una buena mujer que tenía allí expuesto a la venta su ganado, conversación que se prolongó un tanto por falta de compradores. Mujer de una viveza grande me propuso el vivir con ella como si fuera una hija, y en el colmo de la confianza y buena fe, en un momento que tuvo que ausentarse, me entregó la cuerda que sujetaba una cerda diciéndome: "Queridísima, gárdame un pouco a cocha." Un buen rato estuve custodiando el animalito, en medio del ganado, y la gente, ignorante de mi condición, acudía a preguntarme el precio del animal.

Fué para mí motivo de gran satisfacción el llegar a convivir entre aquellas gentes sin inspirarles el menor recelo; mi esfuerzo por ponerme al habla con ellos, y que me hablasen con la mayor franqueza, dió sus resultados.

Un chico de unos veinte años, hijo de los dueños de la casa donde me hospedaba, no comprendiendo la razón de mi estancia en Galicia, ni mi posición social, me requirió de amores. Me dijo que no era pobre pues como era el mayor de la familia, se quedaría con la casa y yo no tendría que trabajar más en el cine.

No solamente desperté simpatía entre los muchachos sino también entre las mujeres de las casas donde paraba, que expresaban su deseo de que me que-

dase a vivir con ellas. Tan arraigada era esta idea, que al convencerse de que me marchaba, se echaban a llorar.

En otra ocasión tuve que contratar a una buena mujer para que me acompañase a atravesar la sierra, en busca de un coche que me había de transportar a Noya. Salimos muy de mañana, llevando ella un pequeño farol y muy contenta de la remuneración y de la copa de vino que le había ofrecido. Charlamos mucho durante el camino, contándome la historia de toda su vida como si yo fuese alguien de su mayor intimidad. Cumplí el ofrecimiento de la copa de vino, y al ver la alegría y gusto con que la tomó, le ofrecí alguna más.

Esto hizo aumentar su locuacidad y su afecto hacia mí, contando a cuantas personas veía, lo que sabía de mí y llegando a solicitar que la llevase conmigo a mi tierra. Al llegar el momento de la despedida y convencerse de que su deseo no podía llevarse a cabo, se echó a llorar y sólo obtuvo algún consuelo con mi promesa de enviarle mi retrato.

Para corresponder a la simpatía que despertaba entre los aldeanos, repartía a las chicas pequeños objetos de bisutería tales como pendientes, sortijas, imperdibles que ellas recibían con muestras de agradecimiento. Sin embargo una de las muchachas con quien hablé en la feria de Betanzos, al ofrecerla varias cosas para que eligiese, me contestó que nada de aquello la interesaba y que si quería darla algo, había de ser el frasquito que había visto en mi bolso y que yo había sacado delante de ella. Aunque el objeto era de mi aprecio, no

tuve más remedio que entregárselo, produciéndole el obsequio una gran satisfacción.

Guardo gratisimó recuerdo de las veladas pasadas en casa del hospitalario señor cura párroco de Louzarela (Lugo), en donde el "tío" Miguel, hombre popularísimo, nos divertía con sus cuentos gallegos llenos de humorismo, de los que me propongo publicar algunos.

Eran ya las dos de la madrugada y el tío Miguel no se decidía a abandonar la casa, atraído por el vino con que el amable señor cura le obsequiaba para que relatará sus cuentos.

Podría contar muchos episodios similares; de todos estos sucesos y gentes, siempre conservaré el mejor recuerdo, esperando verles de nuevo cuando vuelva a ampliar mis estudios. No quiero dejar de expresar mi agradecimiento a los párrocos que con la mayor amabilidad siempre me facilitaron la mejor hospitalidad y, en general, a todas las autoridades locales.

Mis lectores habrán comprendido el encanto que me ha producido el país gallego, pues a la hermosura del paisaje se une la bondad ingénita y la simpatía de sus habitantes que han producido en mi alma emoción que nunca olvidaré y que me hace desear vivamente volver a vivir las gratas horas que en esa tierra he pasado.

MARGOT SPÖNER

En Nápoles, de regreso a Berlín.